

## LAS VÍCTIMAS MUEVEN FICHA

5.12.2010 **REYES MATE** FILÓSOFO E INVESTIGADOR DEL CSIC

En este final de partida en el que parece haber entrado el terrorismo de ETA, las víctimas han movido ficha con un documento consensuado entre las diferentes asociaciones de víctimas que han hecho llegar al Gobierno. Piden que no haya «impunidad judicial o histórica», están dispuestas a favorecer la reinserción del condenado siempre y cuando éste asuma el daño causado, y piden estar informados sobre la ejecución de las penas.

Lo llamativo de este documento es que las víctimas han encontrado su lugar, respetando el juego que pone en manos de los poderes del Estado la política antiterrorista pero afirmándose como un referente moral obligado de esta política.

Hasta hace bien poco se daba por sentado que los interlocutores de la solución al problema del terrorismo eran el Estado y los violentos. Tarea del Estado era proteger la vida de los ciudadanos, una vida que al ser amenazada por ETA, constituía a los etarras en el problema pero también en parte de la solución en la medida en que estaba en su mano abandonar las armas. Dejando ETA de matar permitía al Estado garantizar la vida de los ciudadanos y ETA jugaba con ese argumento para plantear una solución que aunque ya no significara contrapartidas políticas, como en un momento creyó, si tuviera por precio la impunidad o el pasar página. En este escenario las víctimas eran relegadas a la mera privacidad como si el sufrimiento del inocente asesinado no cotizara en política.

Eso es lo que ha cambiado y no tanto porque ahora seamos más sensibles que antes al dolor ajeno sino por un razonamiento político: si queremos construir una sociedad sin violencia hay que dar mucha importancia a la violencia sufrida. En efecto, si basta dejar de matar para que todo se olvide, nada impide volverá a las armas si luego basta abandonarlas para que todo se olvide. El abandono hoy o mañana de las armas no tiene el poder de borrar el pasado violento. Si ETA o su tronco llega hoy o mañana a la conclusión de que el terror es insensato, tendrá que reconocer que también lo era ayer. Por eso no basta que el nuevo partido de los *abertzales* declare ahora que «no hay cabida para ninguna forma de coacción violenta». Tampoco tenía sentido

ayer, cuando ellos sí la practicaban o justificaban. Rechazarla ahora significa condenar la de ayer y hacerse cargo de sus consecuencias.

Hay un tejido social dañado que no se cura por el hecho de que se renuncie a seguir dañándolo, sino que exige un cuidadoso trabajo de reparación que implica a todos. Al Estado que debe reparar, en nombre de la sociedad, todo lo reparable. También, a los violentos. Se espera de quien haya llegado a la conclusión del sinsentido de la violencia que contribuya a la construcción de una sociedad sin violencia presentando sus actos violentos no como gestas sino como villanías. Ni ellos ni los suyos pueden tomarles por héroes sino como villanos que han hecho daño a inocentes. Para conquistar un lugar en esa sociedad de poco les vale la compañía de los comparsas, pero sí la opinión de aquellos a los que victimaron.

Además de esta razón política, hay otra moral. Durante siglos se había asumido con fatalismo que la historia se construye sobre víctimas. Era tan evidente el hecho que hasta la filosofía de la historia lo aceptaba como la condición inevitable del progreso. Como a primera vista la historia de la humanidad había ido hacia mejor, pues se encajaba con toda normalidad la existencia de víctimas a modo de peaje obligado para un porvenir mejor.

Esto también ha cambiado gracias a dos conceptos: que el ser humano es un fin y no medio de nada, y que la memoria hacía actual la injusticia pasada. Si el ser humano es un fin no puede ser el medio de llegar a bienestar alguno por muy generalizado que este fuera. Como decía Dostoievsky, el grito de un niño priva de justificación cualquier lógica triunfalista de la historia. Ese camino no lleva a ningún sitio. Por otro lado, si la memoria hace actual el pasado injusto, estamos obligados a mirar lo que hay debajo de la alfombra para descubrir la fragilidad de nuestro presente. Y es aquí donde la mirada de las víctimas es necesaria. Ella descubre lo que los demás no queremos ni ver. Es sorprendente la rapidez con la que la Administración borra, por ejemplo, las huellas de un accidente de tráfico. Hemos expulsado de la vida cotidiana la figura de la muerte. Sólo las víctimas leen sobre la piel de la geografía los lugares del sufrimiento. Como esa historia forma parte de la realidad es por lo que su memoria es imprescindible, desde luego para conocer la tierra que habitamos y también para que la vida sobre ella tenga la densidad moral que no ha tenido antes.